

WSPOMNIENIA

STUDIA EUROPAEA GNESNENSIA 12/2015

ISSN 2082-5951

DOI 10.14746/seg.2015.12.25

VITA MORTUORUM IN MEMORIA VIVORUM EST POSITA. EN MEMORIA DEL PROFESOR GUILLERMO REDONDO VEINTEMILLAS

El cinco de julio de 2015, tras una larga enfermedad, nos abandonó el profesor Guillermo Redondo Veintemillas, una excelente persona, un eminente erudito y un amigo verdadero. Su muerte es un golpe irremediable para la ciencia histórica española, que ha perdido a un insigne moderno, a un especialista en heráldica y a un investigador de la historia de Aragón. El profesor Redondo estaba asociado al Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Durante muchos años fue redactor jefe de *Emblemata*, revista aragonesa dedicada a la heráldica, que gozó de gran reconocimiento no solo en España; ejerció asimismo como director de la Cátedra de Heráldica “Barón de Valdeolivos”, en la Institución “Fernando el Católico” de Zaragoza; fue profesor de la Real Academia de la Historia, Comendador de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, profesor de la Real Academia de Heráldica y Genealogía de Madrid, así como miembro de honor de la Academia General Militar.



Profesor Guillermo Redondo Veintemillas durante nuestro último encuentro en la Universidad de Zaragoza (en febrero 2014). Foto M. Kubiaczyk.

Me resulta difícil escribir sobre el profesor Redondo en pasado; no es fácil aceptar la idea de que no volveré a ver su característica figura, que no estrecharé su mano, que no conversaré con él y que no escucharé sus sabios y buenos consejos. El profesor Redondo era un hombre extraordinariamente trabajador, modesto, honrado e increíblemente cariñoso. Nunca olvidaré nuestro primer encuentro, que tuvo lugar en la Universidad de Zaragoza, en noviembre de 2005. El profesor llegó puntual a una cita que habíamos fijado con anterioridad vía mail y dedicó tres horas a hablar conmigo. Para mí, entonces un joven doctorando de Polonia, fue una experiencia inolvidable. El profesor me pareció sumamente exigente, pero al mismo tiempo me dio a entender que estaba abierto a diferentes perspectivas y metodologías. Y, además, él estaba convencido de que una persona de fuera que ahondara en los entresijos de la historia de España podía llegar a unas conclusiones absolutamente innovadoras. A la vez surgió entre nosotros un hilo de comprensión, un vínculo extraordinario que con el paso del tiempo se consolidó verdaderamente. Incluso me atreví a llamarle “mi padre científico”.

El profesor me indicaba dónde debía buscar fuentes hasta el momento inexploradas, qué archivos y bibliotecas debía visitar una vez más, a qué libros echar un vistazo, con qué conceptos debía ser especialmente cuidadoso (¡ay, aquellas disputas nuestras sobre la existencia de España en el siglo XVI!) y a cuáles debía simplemente renunciar. Le estoy muy agradecido por la ayuda que me brindó y por la sabiduría que compartió conmigo.

El profesor Redondo trabajaba sin cesar, puede decirse que “colonizaba” el tiempo. Su despacho causaba una gran impresión, para mí un lugar mágico donde en vano podía buscarse algo que no fueran libros. Cuando se cruzaba su umbral, a menudo el profesor tenía que alzar la vista por encima de una pila de libros, dando a entender que estaba dentro. La atmósfera del despacho hacía que las conversaciones habidas en él adquirieran un carácter inusual. Hasta el día de hoy recuerdo cómo estuvimos consultando en su despacho una parte de mi trabajo aprobado para el examen DEA hasta bien entrada la noche. A cada uno de nuestros encuentros el profesor traía algo que quería regalarme. Por regla general, eran libros y revistas, aunque no solamente. El profesor siempre me ayudaba, con todo y en todo momento. Siempre podía contar con que me enviara libros desde España. En cuanto aparecía alguna publicación del campo que me interesaba, el profesor me la enviaba. Esto resultaba muy emotivo.

Gracias al profesor Redondo, tuve la oportunidad de participar en numerosas conferencias y simposios muy interesantes, organizados por la Institu-

ción “Fernando el Católico” de Zaragoza, durante las cuales adquirí una valiosísima experiencia. Eran momentos en que el profesor me imponía de un modo particular, cuando se revelaba su personalidad exquisita. Cuando hacía sendas ponencias, vestido por lo general con su conjunto favorito: un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata de color burdeos, jamás permitía que las discusiones acaloradas sobre determinada cuestión tomaran el carácter de discusión *ad personam*. El profesor tenía sencillamente la increíble capacidad de mitigar las disputas. Era imposible que dejara de agradar a alguien.

Cada discusión con el profesor Redondo era un regalo intelectual. Primero, el profesor escuchaba cuidadosamente lo que tenía que decirle sobre el tema en cuestión; y, a renglón seguido, con un tono tranquilo y mesurado, me transmitía sus propias razones y opiniones sobre el asunto que estábamos tratando. Nunca hubo en él intención de ir a lo suyo, acentuando que tenía la razón. Esta excepcional combinación de autoridad académica con una insólita estima hacia las opiniones del interlocutor hacía que se pudiera escuchar al profesor Redondo interminablemente. Tomaba notas de nuestras conversaciones con frecuencia para no omitir nada de sus palabras, pues *verba volant, scripta manent*. Incluso cuando discutíamos sobre Cataluña, observando el profesor mi vehemencia por la preocupación debida a la manipulación histórica por parte de los nacionalistas catalanes, no me desanimaba para que dejase el tema (y lo hacía especialmente), a pesar de estar convencido de que no valía la pena preocuparse por bagatelas o por historiadores al servicio de la política. Y en cierto sentido tenía razón.

El profesor Redondo sabía aconsejar sabiamente. Cuando en 2006, tras un año de estancia en la hermosa Zaragoza, surgió en mi cabeza la idea de empezar todo desde cero en Aragón, el profesor me disuadió de manera muy eficaz tras una conversación entre ambos. Afirmó categóricamente que no merecía la pena romper el vínculo con mi país y con mi familia, que hoy en día se puede estar a caballo sin problema entre Polonia y España. Vertió entonces un jarro de agua fría española sobre mi ardiente cabeza polaca. Muy a menudo le doy las gracias por aquella conversación. Si entonces no le hubiera hecho caso, seguramente mi vida habría transcurrido de una manera muy diferente. Por ello le estoy enormemente agradecido.

Para el profesor la prioridad era la familia. Me repetía muchas veces que no olvidara encontrar una mujer con quien ser feliz. Decía que la ciencia era nuestra pasión, pero que sin familia la vida estaba vacía. Fui tanto más afortunado cuanto que pude presentarle (en febrero de 2014, en Zaragoza) a mi

prometida Monika, quien poco después se convertiría en mi esposa. El profesor se alegró de mi felicidad y lamentó no poder asistir al enlace en Barcelona, con motivo del cual nos regaló unas valiosas monedas. El profesor aún tuvo tiempo de ver a nuestro hijo, Wiktor Felix, en foto. Me alegro enormemente de que el profesor Redondo viera cómo había conseguido crear lo que siempre había constituido para nosotros el valor supremo: una familia que se ama. Me emocioné hasta derramar lágrimas cuando, al acompañar a mi mujer a una entrevista fijada con uno de los profesores de la Universidad de Zaragoza, especialista en historia antigua, se dirigió a él con estas palabras: “Marco, ¡cómo si fuera yo!”. Al profesor también le debo mi amistad con su alumno Francisco.

Durante mi última estancia en Zaragoza, invité al profesor y a su mujer a una comida polaca en el piso donde estábamos alquilados mi novia y yo. Hasta hoy recuerdo con lágrimas en los ojos cómo se deleitaba el profesor tras cada bocado de “pyry z gzikiem”. Fue la última vez que lo vi. La noticia de su muerte nos sumió a mi familia y a mí en una gran tristeza. No somos capaces de aceptar que nos ha dejado. El profesor Redondo permanecerá siempre en mi recuerdo, como investigador modélico y como persona.

Filip Kubiaczyk

**VITA MORTUORUM IN MEMORIA VIVORUM EST POSITA.
WSPOMNIENIE O PROFESORZE
GUILLERMO REDONDO VEINTEMILLASIE**

Piątego lipca 2015 r. po długiej chorobie odszedł Profesor Guillermo Redondo Veintemillas, wspomniały człowiek, wybitny uczoney i prawdziwy przyjaciel. Jego śmierć to nieodwracalny cios dla hiszpańskiej nauki historycznej, która straciła znakomitego nowożytnika, specjalistę od heraldyki i badacza historii Aragonii. Profesor Redondo związany był z Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Przez wiele lat był redaktorem naczelnym „Emblematy”, aragońskiego czasopisma poświęconego heraldyce, cieszącego się wielkim uznaniem nie tylko na terenie Hiszpanii; pełnił też funkcję dyrektora Katedry barona del Valdivieso w Institución „Fernando el Católico” w Saragossie i honorowego członka Królewskiej Akademii Nauk w Madrycie.

Trudno mi jest pisać o Profesorze Redondo w czasie przeszłym; nie jest łatwo pogodzić się z myślą, że nie zobaczę już nigdy Jego charakterystycznej sylwetki, nie uścisknę Jego dłoni, nie porozmawiam z Nim i nie wysłucham Jego mądrych i życzliwych rad. Profesor Redondo był człowiekiem wyjątkowej pracowitości, skromnym, uczciwym i niebywale życzliwym. Nigdy nie zapomnę naszego pierwszego spotkania, które miało miejsce na Uniwersytecie w Saragossie w listopadzie 2005 r. Profesor przyszedł punktualnie na umówione wcześniej drogą mailową spotkanie i poświęcił mi prawie trzy godziny na rozmowę. Dla mnie, wtedy młodego doktoranta z Polski, było to niezapomniane przeżycie. Profesor zrobił na mnie wrażenie wielce wymagającego, ale zarazem dał do zrozumienia, że jest otwarty na odmienne spojrzenia i metodologie. Co więcej, był przekonany, że osoba z zewnątrz, zgłębiająca tajniki historii Hiszpanii, może dojść do zupełnie nowatorskich wniosków. Jednocześnie zrodziła się między nami jakaś nić porozumienia, niezwykła więź, która z upływem czasu prawdziwie się umacniała. Ośmieliłem się nawet nazywać Go swoim hiszpańskim ojcem naukowym.

Profesor wskazywał mi, gdzie powinienem szukać niezbadanych dotychczas źródeł, które archiwa i biblioteki powinienem jeszcze odwiedzić, do których książek zajrzeć, w stosowaniu jakich pojęć powinienem być szczególnie ostrożny (ach, te nasze dysputy o istnieniu Hiszpanii w XVI wieku!), a z jakich powinienem zrezygnować. Jestem Mu wdzięczny za okazywaną pomoc i mądrość, którą się ze mną dzielił.

Profesor Redondo nieustannie pracował, można powiedzieć, że kolonizował czas. Ogromne wrażenie robił Jego gabinet, dla mnie miejsce magiczne, w którym próżno było szukać czegoś poza książkami. Kiedy przekraczało się jego próg, Profesor często musiał wysoko wychylać głowę nad sterty książek, dając do zrozumienia, że jest w środku. Atmosfera gabinetu sprawiała, że toczony w nim rozmowy nabierały niezwykłego charakteru. Do dziś pamiętam, jak do późnego wieczora konsultowaliśmy w Jego gabinecie treść mojej pracy zaliczeniowej na egzamin DEA. Na każde nasze spotkanie Profesor przynosił coś, co chciał mi podarować. Z reguły były to książki i czasopiśma, ale nie tylko. Profesor pomagał zawsze, w każdej sprawie, i o każdej porze. Na przesyłki książek z Hiszpanii mogłem zawsze liczyć. Profesor, gdy tylko ukazała się jakaś ciekawa pozycja z interesującej mnie dziedziny, po prostu mi ją przysyłał. To było bardzo wzruszające.

Dzięki Profesorowi Redondo miałem okazję uczestniczyć w wielu interesujących konferencjach i sympozjach organizowanych przez Institución „Fernando el Católico” w Saragossie, w trakcie których zbierałem cenne doświadczenia. Były to chwile, w których Profesor szczególnie mi imponował, gdyż wtedy ujawniała się Jego nietuzinkowa osobowość. Prowadząc poszczególne panele, zazwyczaj ubrany w swój ulubiony zestaw: ciemny garnitur, białą koszulę i bordowy krawat, nigdy nie pozwalał, aby zażarte dysputy nad danym zagadnieniem nabrały charakteru dyskusji *ad personam*. Profesor miał niesamowitą wręcz umiejętność łagodzenia sporów. Nie można było Go nie lubić.

Każda dyskusja z Profesorem Redondo była intelektualną ucztą. Profesor najpierw starannie wsłuchiwał się w to, co miałem do powiedzenia na dany temat, a następnie spokojnym, opanowanym tonem przekazywał mi swoje racje i poglądy na omawianą sprawę. Nigdy nie było w nim chęci postawienia na swoim, akcentowania tego, że to on ma rację. Ten niezwykły mariaż profesorskiego autorytetu z niebywałą wręcz estymą dla poglądów interlokutora sprawiały, że Profesora Redondo można było słuchać bez końca. Często robiłem notatki z naszych rozmów, aby nie przeoczyć niczego z Jego słów, gdyż *verba volant, scripta manent*. Nawet gdy dyskutowaliśmy na temat Katalonii, Profesor, widząc mój zapał do zajęcia się tematem manipulacji historią przez nacjonalistów katalońskich, specjalnie nie zniechęcał mnie do tego, mimo że w Jego przekonaniu nie warto było zajmować się banialukami czy historykami w służbie polityki. I w pewnym sensie miał rację.

Profesor Redondo potrafił mądrze doradzać. Kiedy w 2006 r., po rocznym pobycie w pięknej Saragossie, w mojej głowie zrodził się pomysł rozpoczęcia

wszystkiego od nowa w Aragonii, Profesor podczas jednej rozmowy skutecznie odwiódł mnie od tego pomysłu. Stanowczo stwierdził, że nie warto zrywać więzów z własnym krajem, rodziną, że w dzisiejszych czasach można bez problemu podróżować pomiędzy Polską i Hiszpanią. Wylał wtedy kubek hiszpańskiej zimnej wody na moją gorącą polską głowę. Bardzo często dziękuję Mu za tę rozmowę. Gdybym Go wtedy nie posłuchał, moje życie z pewnością potoczyłoby się inaczej. Za to jestem Mu niesłychanie wdzięczny.

Dla Profesora priorytetem była rodzina. Wielokrotnie mi powtarzał, abym nie zapomniał o znalezieniu kobiety, z którą będę szczęśliwy. Mawiał, że nauka to nasza pasja, ale bez rodziny życie jest puste. Tym bardziej byłem szczęśliwy, mogąc przedstawić Mu, w lutym 2014 r. w Saragossie, narzeczoną Monikę, która chwilę później stała się moją żoną. Profesor cieszył się moim szczęściem i żałował, że nie mógł być z nami na ślubie w Barcelonie, z okazji którego podarował nam cenne monety. Profesor zdążył zobaczyć na zdjęciu naszego synka, Wiktora Felixa. Ogromnie się cieszę, że Profesor Redondo widział, jak udało mi się stworzyć to, co zawsze stanowiło dla nas największą wartość: kochającą się rodzinę. Wzruszyłem się do łez, kiedy odprowadzając moją żonę na umówioną wcześniej rozmowę z jednym z profesorów Uniwersytetu w Saragossie, specjalistą w dziedzinie historii starożytnej, zwrócił się do niego słowami: „Marco, ¡cómo si fuera yo!”. Profesorowi także zawdzięczam przyjaźń Jego ucznia – Francisco.

W trakcie mojego ostatniego pobytu w Saragossie zaprosiłem Profesora wraz z Jego małżonką do mieszkania, które wynajmowałem wraz z narzeczoną, na polski obiad. Do dziś wspominam z łezką w oku pomruk zadowolenia Profesora po każdym kęsie pyry z gzikami. Wtedy widziałem Go po raz ostatni. Wieść o Jego śmierci nappełniła mnie i moją rodzinę wielkim smutkiem. Wciąż nie możemy pogodzić się z Jego odejściem. Profesor Redondo na zawsze pozostanie w mojej pamięci jako wzór naukowca i człowieka.

Filip Kubiacyk